



Número 9

EL DON DE LA FE

El mayor anhelo de aquel periodista era entrevistar a Dios. Lo deseaba tan intensamente que un buen día se le concedió. Murió y se encontró de pronto en la casa de Dios. En seguida le preguntó al portero del cielo si Dios podía recibirlo y dar respuesta a algunas preguntas.

-Dios está siempre ocupado, pero atiende a todos con mucho gusto.

En efecto, instantes después, el periodista fue recibido por el Creador.

-“Pasa, hijo, conozco tu grande anhelo: tú has deseado siempre entrevistarme; aquí estoy, pronto para responder a tus preguntas”.

-Naturalmente, Señor, sólo si tienes tiempo... -añadió el periodista, intimidado ante la majestad del Altísimo.

-“Mi tiempo se llama eternidad y alcanza para todos. Habla, pues, libremente”.

-Comenzaré con una pregunta que no debe ser difícil para ti, pero que a mí me ha tenido siempre lleno de curiosidad. ¿Qué es lo que más te divierte de los hombres y de las mujeres?

-“Que se aburren de ser niños por la prisa de llegar a ser adultos, y luego suspiran por volver a ser niños... Que pierden la salud con tal de reunir una fortuna y luego gastan toda su fortuna para recuperar la salud... Que por pensar con tantas ansias en su futuro descuidan su hora actual, su presente... Que viven como si nunca fueran a morir y mueren como si no hubieran vivido...”

-Otra pregunta sencilla, Señor, si me lo permites: ¿Cuál es la flor que más te gusta?

-“Déjame decirte que, cuando una madre arrulla a su niño, es como si el universo floreciera...”

-Dime, Dios: ¿prefieres ser temido o amado?

-“Si tú eres padre, como lo sé, ya tienes la respuesta...”

-¿Y qué opinas de los teólogos que hablan de la muerte de Dios?

-“La fe requiere de caminos con dudas... En cuanto a esos teólogos, algunos ya murieron; otros no tardarán en presentarse ante mí, el Viviente”.

-¿Tienes algo en contra de la liberación de la mujer?

-“Sabes, hijo, yo amo a todos. Soy feminista y tomé la resolución de crear a la mujer; no descansé hasta después de haberla creado. Sólo a partir de ella el mundo se está realizando...”

Terminó así la charla que el afortunado periodista tuvo con Dios.

También tú puedes hablar con tu Creador y obtener una respuesta a las preguntas que más te inquietan. No necesitas esperar hasta el día de tu muerte. Basta que tengas fe y abras tus oídos interiores.

Dios habla en lo profundo de toda persona deseosa de oír su voz.

Dios nos sigue hablando a través de la Sagrada Escritura, que es su Palabra.

Con frecuencia nos manda mensajes por medio de personas buenas que reconocen sus designios y saben proclamarlos.

Y nos habla incluso con los acontecimientos que van sucediendo y que se vuelven signos de los tiempos...

LA FE ES LUZ INTERIOR

La fe no es oscuridad, sino luz interior. No es una luz ilusoria, sino certera.

“La fe –nos dice el Papa Francisco en su primer encíclica– no habita en la oscuridad, sino que es luz en nuestras tinieblas”. El objetivo que se propuso el Papa al escribir dicha encíclica es “hablar precisamente de esa luz de la fe, para que crezca e ilumine el presente y llegue a convertirse en estrella que muestre el horizonte de nuestro camino en un tiempo en el cual el hombre tiene especialmente necesidad de luz”.

La fe “es un don de Dios, una virtud sobrenatural infusa por Él”. En la fe “reconocemos que se nos ha dado un gran Amor, que se nos ha dirigido una Palabra buena y que, si acogemos esa Palabra, que es Jesucristo, Palabra encarnada, el Espíritu Santo nos transforma, ilumina nuestro camino hacia el futuro y da alas a nuestra esperanza para recorrerlo con alegría”.

En la encíclica que estamos citando, el Papa Francisco nos presenta tres dimensiones de la fe que todos podemos alcanzar con el auxilio de Dios:

1. CREER EN JESUCRISTO, el Hijo de Dios que nos revela al Padre y nos conduce a Él.
2. CREERLE A JESUCRISTO: sus ejemplos, sus enseñanzas, sus preceptos.
3. CREER CON JESUCRISTO, esto es mirarlo todo desde el punto de vista de Cristo. Mirar con sus ojos.

¿Y SI YO NO PUEDO CREER?

Si no puedes creer, pero lo deseas sinceramente, ese deseo es ya como una petición a Dios para que te conceda el don de la fe. Vuelve tu petición más explícita e insistente y Dios no tardará en otorgarte esa gracia. Ten presente, sin embargo, que ese don, el Señor lo concede a personas bien dispuestas y que se esmeran por llevar una vida honesta. “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”, es una enseñanza de Jesucristo.

Algunas veces la fe se percibe, pero muy débil, como una llamita que está por apagarse. En tales casos, hay que pedirle a Dios un aumento de fe, como hizo aquel personaje del que nos habla San Marcos: tenía un hijo epiléptico y los apóstoles no pudieron curarlo; entonces recurrió a Jesús: “Si puedes hacer algo, ten compasión de nosotros”. Jesús lo reprendió por aquello de “si puedes”, y le dijo: “Todo es posible para el que cree”. Entonces aquel padre afligido exclamó: “Creo, pero aumenta mi poca fe”. Es seguida, Jesús curó al muchachito, liberándolo del mal que lo atormentaba (cf Mc 9, 14-27).

CIENCIA Y FE NO ESTÁN PELEADAS

Visiones antropológicas parciales o limitantes han dado lugar, a lo largo de la historia, a inútiles conflictos a causa de una supuesta oposición entre razón y fe, ciencia y creencias. Mentes esclarecidas, como Tomás de Aquino, han puesto ya las bases para disolver esos falsos conflictos. En nuestro tiempo, el Papa Juan Pablo II dedicó a ese tema toda una encíclica (*Fides et Ratio*), y apóstoles de nuestros días han enfocado su servicio a la Iglesia y a la sociedad a partir de visiones antropológicas amplias e integrales. El BEATO SANTIAGO ALBERIONE (1884-1971), ha sido uno de esos apóstoles; de él son las líneas siguientes (tomadas de AD 185-186):

Hoy se registra en las ciencias una desorientación siempre más fuerte: es la enfermedad del cientificismo o tecnicismo.

Todas y cada una de las ciencias, como los inventos y descubrimientos son capítulos del gran libro de la creación; todas deben servirle al hombre como un medio para llegar a Dios, así como le sirven los ojos, la lengua, la voluntad.

Sin embargo, así como algunos hombres no se preguntan: ¿de dónde vengo?, ¿a dónde voy?, ¿para qué vivo?, así pasa también respecto a los conocimientos o ciencias, a los inventos o descubrimientos de las cosas: que los hombres no se preguntan: ¿quién las ha hecho?, ¿para qué me las ha dado?, ¿para qué sirven?

Las ciencias, si se profundiza en ellas, llevan a Jesucristo, que es el camino hacia Dios; es decir que preparan para recibir la revelación de Jesucristo, el cual, en cuanto Dios, así como al crear las cosas iluminó al hombre para que las conociera, así también, para elevar y ennoblecer al hombre, quiso revelar otras cosas no impresas en la naturaleza para prepararlo a la visión de Dios, si emplea bien su razón y acoge y cree en la Revelación. Todo debe servirle al hombre según el pensamiento de San Pablo: “Todas las cosas son de ustedes, pero ustedes son de Cristo y Cristo es de Dios” (Cf 1Cor 3, 22ss).



**“Hagan a todos la caridad de la Verdad”
Beato Santiago Alberione**